



Quincenario publicado por los maestros de Heredia

PARA LOS NIÑOS DE COSTA RICA

Precio 10 Cénts.

Imprenta y Libreria Tormo - San José

PRECIOS DE SUSCRICION

Número suelto 10 céntimos

Directores:

Lilia González = Carmen Lira Joaquín Barcía Monge

La correspondencia dirijase a la Inspección Provincial de Escuelas de Heredia, Remberto Briceño Apartado 3

Tesorero de la Revista: don Rafael Martinez, Director de la Escuela de San Pablo de Geredia

DONATIVOS PARA AYUDAR A LA PUBLICACION DE SAN SELERIN

Junta de Educación de San	
José, mensualmente	₡ 20,00
Eddy Uribe Madriz	5,00
Escuela de Ulloa	5,00
Escuela de Santa Rosa de	
Santo Domingo	2,50
Rosa de Quesada,	1,40
Flora Eduarte	2,00

Se suplica la dévolución de los ejemplares que hayan quedado sin colocar del primero y segundo números.

Suplicamos el pago inmediato para reunir la cantidad que se necesita para el número siguiente.



PERIODICO PARA LOS NIÑOS

We are the total of the the the total of the the the the the the the

GABRIELA MISTRAL

Gabriela Mistral es una poetisa chilena que ha dedicado su vida a ser maestra.

Es tierna y amorosa con los niños y para ellos ha hecho sus collares de versos mas lindos. Dicen que para hacerlos se va muy de mañana por los campos, coge las gotillas de rocto más inquietas, los gorjeos mas alegres de los pájaros, y después, sentada en la cima de una colina florecida, ensarta gotas y gorjeos en una hebra que a la descuidada le arrancara al sol.

También tiene versos tristes que hacen pensar en gargantillas de lágrimas, porque ha sufrido mucho.

He oído contar a una madre, que Gabriela Mistral ha escrito los más bellos poemas de la madre; que ella al leerlos lloraba y sonreta, y cuando los terminó corrió a buscar a sus hijos y se puso a abrazarlos y besarlos arrodillada ante ellos como ante un altar. ¿Porqué serta?

Un señor que la quiere mucho decta el otro día de ella:—El dolor no ha endurecido su corazón sino que lo ha mullido y sobre él quisiera Gabriela Mistral reclinar todas las cabecitas infantiles de la tierra para acariciarlas dormidas y despiertas: lo mismo la del negrillo que parece una rosa abierta en la noche que la del blanco—rosa de la mañana—o la del chinito lacia como un haz de hierba o la del indio, juguete de arcilla morena. ¡Con qué calor debe besar la frente de los niños miserables que lloran de hambre y frío! ¡Cómo los cubrirá con los pliegues de su traje y con cuánta dulzura cantará sobre estas carillas, pálidas bajo la costra de la pobreza!

Ahora yo pienso: quisiera haber estado corriendo y gritando la tarde entera y cuando no pudiera mas, ir a hundirme como entre un nido en el regazo de Gabriela Mistral y sentir la mano con que toma la pluma para escribir sus versos, apaciguar mi cabellera alborotada.

SAN SELERIN



GABRIELA MISTRAL

Vino el año pasado de su patria (Chile) a Méjico llamada por el gobierno de este país, para que ayudara a las personas que allí dirigen la Educación Pública. Ahora está de maestra en San Miguel, población mejicana.

Los cabellos de los Niños (1)

Cabellos suaves, cabellos que son toda la suavidad del mundo, ¿qué seda gozaría yo si no os tuviera sobre el regazo? Dulce por ella el día que pasa, dulce el sustento, dulce el antiguo dolor, sólo por unas horas que ellos resbalan entre mis manos.

Ponedlos en mi mejilla; revolvedlos en mi regazo como las flores; dejadme trenzar con ellos, para suavizarlo, mi dolor; aumentar la luz con ellos, ahora que es moribunda.

Cuando ya sea con Dios, que no me dé el ala de un ángel, para refrescar la magulladura de mi corazón; extienda sobre el azul las cabelleras de los niños que amé, y pasen ellas en el viento sobre mi rostro eternamente!

La raíz del Rosal

Bajo la tierra como sobre ella, hay una vida, un conjunto de seres, que trabajan y luchan, que aman y odian.

Viven allí los gusanos más oscuros, y son como cordones negros; las raíces de las plantas, y los hilos de agua subterráneos, prolongados como un lino palpitador.

Dicen que hay otros aún: los gnomos, no más altos que una vara de nardo, barbudos y regocijados.

He aquí lo que hablaron cierto día al encontrarse, un hilo de agua y una raíz de rosal:

— Vecina raíz, nunca vieron mis ojos nada tan feocomo tú. Cualquiera diría que un mono plantó su larga

⁽¹⁾ Estas dos composiciones en prosa y las cinco poesías que las siguen han sido tomadas del libro «Desolación» que acaba de publicar Gabriela Mistral.

cola en la tierra y se fué dejándola. Parece que quisiste ser una lombriz, pero no alcanzaste su movimiento en curvas graciosas, y sólo le has aprendido a beberme mi leche azul. Cuando paso tocándote, me la reduces a la mitad. Feísima, dime ¿qué haces con ella?

Y la raíz humilde respondió:

—Verdad, hermano hilo de agua, que debo aparecer ingrata a tus ojos. El contacto largo con la tierra me ha hecho parda, y la labor excesiva me ha deformado, como deforma los brazos al obrero.

También yo soy una obrera; trabajo para la bella prolongación de mi cuerpo que mira al sol. Es a ella a quien envío la leche azul que te bebo; para mantenerla fresca, cuando tú te apartas, voy a buscar los jugos vitales lejos. Hermano hilo de agua, sacarás cualquier día tus platas al sol. Busca entonces la criatura de belleza que soy bajo la luz.

El hilo de agua, incrédulo, pero prudente, calló, resignado a la espera.

Cuando su cuerpo palpitador, ya más crecido, salió a la luz, su primer cuidado fué buscar aquella prolongación de que la raíz hablara.

Y joh Dios! lo que sus ojos vieron.

Primavera reinaba, espléndida, y en el sitio mismo en que la raíz se hundía, una forma rosada, graciosa, engalanaba la tierra.

Se fatigaban las ramas con una carga de cabecitas rosadas, que hacían el aire aromoso y lleno de secreto encanto.

Y el arroyo se fué, meditando por la pradera en flor:

—¡Oh, Dios! ¡Cómo lo que abajo era hilacha áspera y
parda, se torna arriba seda rosada! ¡Oh, Dios! Cómo
hay fealdades que son prolongaciones de bellezal...

Plantando el Arbol

Abramos la dulce tierra con amor, con mucho amor; es éste un acto que encierra, de misterios, el mayor.

Cantemos, mientras el tallo toca el seno maternal. Bautismo de luz da un rayo al cono piramidal.

Le entregaremos ahora a la buena Agua, y a vos, noble Sol; a vos, señora Tierra, y al buen Padre Dios.

El Señor le hará tan bueno como un buen hombre, o mejor: en la tempestad, sereno, y en toda hora, amparador.

Te dejo en pie. Ya eres mío. y te juro protección, contra el hacha, contra el frío, y el insecto, y el turbión.

A tu vida me consagro: descansarás en mi amor. ¿Qué haré que valga el milagro

de tu fruto y de tu flor?

Plegaria por el Nido

¡Dulce Señor, por un hermano pido, indefenso y hermoso: ¡por el nido!

Florece en su plumilla el trino; ensaya en su almohadita el vuelo. ¡Y el canto dices que es divino y el ala es cosa de los cielos!

Dulce tu brisa sea al mecerlo, dulce tu luna al platearlo, fuerte tu rama al sostenerlo, bello el rocío al enjoyarlo.

De su conchita delicada tejida con hilacha rubia, desvía el vidrio de la helada y las guedejas de la lluvia;

desvía el viento de ala brusca que lo dispersa a su caricia, y la mirada que lo busca, toda encendida de codicia...

Tú, que me afeas los martirios dados a tus criaturas finas: al copo leve de los lirios y a las pequeñas clavelinas,

guarda su forma con cariño y pálpala con emoción. Tirita al viento como un niño; jes parecido a un corazón!

Caperucita Roja

Caperucita Roja visitará a la abuela que en el poblado próximo postra un extraño mal. Caperucita Roja, la de los rizos rubios, tiene el corazón tierno como un panal.

A las primeras luces ya se ha puesto en camino y va cruzando el bosque con un pasito audaz.

Le sale el paso Maese Lobo, de ojos diabólicos.

"Caperucita Roja, cuéntame a dónde vas."

Caperucita es cándida como los lirios blancos...
"Abuelita ha enfermado. Le llevo aquí un pastel
y un pucherito suave, que deslíe manteca.
¿Sabes del pueblo próximo? Vive a la entrada de él."

Y después, por el bosque discurriendo encantada, recoge bayas rojas, corta ramas en flor, y se enamora de unas mariposas pintadas que le hacen olvidarse del viaje del traidor...

El Lobo fabuloso, de blanqueados dientes, ha pasado ya el bosque, el molino, el alcor, y golpea en la plácida puerta de la abuelita, que le abre. (A la niña ha anunciado el traidor.)

Ha tres días el pérfido no sabe de bocado. ¡Pobre abuelita inválida, quien la va a defender! ...Se la comió sonriendo, sabia y pausadamente y se ha puesto en seguida sus ropas de mujer. Tocan dedos menudos a la entornada puerta. De la arrugada cama dice el Lobo: "¿Quién va?" La voz es ronca. "Pero la abuelita está enferma", la niña ingenua explica. "De parte de mamá."

Caperucita ha entrado, olorosa de bayas. Le tiemblan en la mano gajos de salvia en flor. "Deja los pastelitos; ven a entibiarme el lecho." Caperucita cede al reclamo de amor.

De entre la cofia salen las orejas monstruosas. "¿Por qué tan largas?", dice la niña con candor. Y el velludo engañoso, abrazado a la niña: "¿Para que son tan largas? Para oírte mejor."

El cuerpecito rosa le dilata los ojos.
El terror en la niña los dilata también.
"Abuelita, decidme: ¿por qué esos grandes ojos?"
"Corazoncito mío, para mirarte bien..."

Y el viejo Lobo ríe, y entre la boca negra tienen los dientes blancos un terrible fulgor. "Abuelita, decidme: ¿por qué esos grandes dientes.?" "Corazoncito, para devorarte mejor..."

Ha arrollado la bestia, bajo sus pelos ásperos, el cuerpecito trémulo, suave como un vellón; y ha molido las carnes, y ha molido los huesos, y ha exprimido como una cereza el corazón...



Promesa a las Estrellas

Ojitos de las estrellas, abiertos en un oscuro terciopelo: desde lo alto, ¿me veis puro?

Ojitos de las estrellas, prendidos en el sereno cielo, decid: desde arriba, ¿me halláis bueno?

Ojitos de las estrellas, de pestañita dorada, os diré: ¡Tenéis muy suave la mirada!

Ojitos de las estrellas, de pestañitas inquietas, ¿por qué sois azules, rojos y violetas?

Ojitos de la pupila curiosa y trasnochadora, ¿por qué os borra con sus rosas la aurora?

Ojitos, salpicaduras de lágrimas o rocío, cuando tembláis allá arriba, ¿es de frío?

Ojitos de las estrellas, postrado en la tierra, os juro que me habéis de mirar siempre, siempre puro.

A LOS LECTORES:

Infórmense sobre los poetas costarricenses, centroamericanos y latinoamericanos que más se han distinguido. Vayan formando un álbum con las composiciones de éstos poetas que caigan en sus manos y que les gusten.

La escuela de la niña Hipopótama

La niña Hipopótama era una maestra ya viejona que tenía una escuela con internado. En esta escuela estaban internos los siguientes chiquillos: Toñillo Tigre, Melico Jirafa, Quico Loro, Goyo Mico, Juancho Elefante, Chale Ternero, Tuto Conejo,, Panchillo Oso, Lolo Carraco, Moncho Chanchillo, Chepillo Perro y Chente Gato..

La niña Hipopótama era la directora del colegio y aunque muy regañona era muy buena y muy amiga de chinear a los muchachos. Estos la llamaban niña Hipo.



Una noche, allá a deshoras, cuando estaban los chiquillos bien privados, se oyó dentro del cuarto cierto ruido. El primero en despertar fué Toñillo Tigre. Se tiró de la cama mas muerto que vivo y llamó a los otros:

—¡Muchachos! ¡Muchachos! He oído unos quejidos muy feos.



—Y a mi me pareció, entre dormido y despierto —agregó Juancho Elefante con la trompa en un temblor—que aquí en el dormitorio había un pleito.

Todos se levantaron a registrar, menos Moncho Chanchillo que roncaba como si dentro de su gaznate una sierra estuviera trabaja y trabaja. Encendieron una candela y se pusieron a buscar por todo, pero nada encontraron. Quico Loro dijo asomándose bajo la cama de Moncho.

—A este agarrado le trajeron hoy de la casa una gran canasta llena de cosas, vengan véanla, y no se le ha caído una boronita para ninguno.

Lolo Carraco dijo:—seguro piensa comérselas él solo.

Y Chale Ternero:—lo que es ese me las va a pagar, porque cuando me traigan de casa rosquetes de maíz que a él le gustan tánto, no le doy y no le doy aunque sepa que se le revienta la hiel.

Al siguiente día, a la hora del almuerzo, la niña Hipo pilló a Monchillo echándose a la descuidada algo entre los bolsillos.



—Venga acá amigo, vamos a ver qué se está metiendo allí.

Y le fué sacando unas manzanas y unas empanaditas.

—Vea caballero, (ella les decía, CABALLERO cuando los regañaba) me pone Ud. en vergüenza. ¿Eso es lo que está aprendiendo en este colegio, a ser un egoista y un goloso? ¡Miren allá! ¡Creyó que no lo iban a ver! Yo no puedo con la codicia. Ahora se me va a estar en aquel rincón, vuelto para la pared, mientras vuelvo con el chilillo.

Todos los chiquillos se quedaron como en misa. Quico Loro, jaló de la blusa a Toñillo con disimulo, y le dijo:—¿Ves? ¿no se lo dije anoche? Si ese es un agarrado. Sólo para él quiere.

—Ese no es más que un pobre cochino—declaró Toñillo. Pero ahora verá. Se aconsejó con los otros, y a la hora del recreo le cacharon la canasta



llena de cosas y se la escondieron en el dormitorio de la maestra, bajo la cama.

Los chiquillos fueron a clases y no volvieron a acordarse de nada, ni siquiera de si la directora estaba o no en casa.

De pronto sonó un alboroto en la pieza de arriba que era el dormitorio de la directora y unos gritos despavoridos.

-¡Qué es aquello! exclamaron.-Como que es la niña Hipo...

-¡Hijo de Dios!-comentó Melico Jirafa, va si le ha dado un ataque!

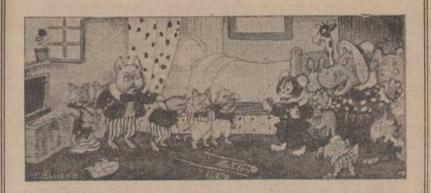


Salieron corriendo y subieron la escalera de tres en tres escalones. Entraron en el cuarto de la directora, y se la van encontrando encaramada en una silla y pálida como el día en que la habían de enterrar.

¡Ay! hijitos, dijo, cuando entré a ponerme el sombrero para salir, algo que gruñía saltó de mi lecho. (Como era una maestra muy fina para hablar, decía lecho en vez de cama.)-Vean a ver, vean a ver, allí debe estar lo que es, de-0

bajo del lecho. ¡Con cuidado! ¡Con cuidado! No vaya a ser cosa... ¡Ay señor! Tened piedad de nosotros.

Corrieron los muchachos sacaron la canasta... y van viendo...



La canasta de Moncho abierta y dentro de ella seis chanchitos llora y llora.

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!—gemían teníamos frío y miedo, por eso nos subimos a esa cama tan suavecita... ¿Dónde está nuestro hermano mayor?

Entonces Moncho salió del grupo y explicó a la maestra:—Fué que mamá me mandó ayer esa canasta con pan y unas cajetas que había hecho, y mis hermanillos cuando ella se descuidó se metieron dentro y mamá no lo echó de ver...

—Es que queríamos ver a nuestro hermanito dijeron los chanchitos y conocer a la niña Hipo y a Toñillo Tigre, a Lolo Carraco, a Juancho Elefante, a Panchillo Oso... a todos. Es que Moncho en las vacaciones se pasa hablando de todos ustedes y nos hace la boca agua...

—Por eso es que yo no quería abrir la canasta; y por eso me estaba cachando aquello esta mañana, era para darles a éstos que talvez estaban con hambre—dijo Moncho Chanchillo a lágrima viva.

Todos se le acercaron a darle la mano en señal de amistad. Quico Loro le dijo:

—Me vas a hacer el favor de perdonarme el falso que te levanté.

La niña Hipo le sobó la cabeza. ¡Y ella que pensaba darle una buena chilillada!

Después de las clases, la niña Hipo los mandó a que fueran todos a dejar en bicicleta a los chanchitos a su casa.

¡Cómo estaría la pobre madre de acongojada al ver que desde el día anterior no parecían!



Y deveras, los muchachos fueron contentísimos en bicicleta a dejar a los hermanitos de Moncho Chanchillo.

LA HISTORIA DE PETER PAN

IMAGINADA POR SIR J. M. BARRIE

(Continuación)

Un visitante

El cuarto estaba ahora tranquilo y silencioso. De pronto las lámparas se oscurecieron y se fueron apagando una a una. Entonces una bolita de fuego apareció en la habitación, se puso a brincar por todo y por último fué a parar a un jarro.

Al punto, de entre la oscuridad salió el mismo muchachito gracioso y delicado que había visto la señora Darling, y se acercó a la ventana. Sonó un golpecito, la ventana se abrió y el niño entró sin hacer ruido.

Pareciera buscar algo; es de suponerse buscara su sombra.

—Tin, ¿dónde estás? murmuró. Como viera la luz de la bolita de fuego salir del jarro, añadió:

-Tin, ¿sabes dónde la pusieron?

Bueno, esta bolita de fuego no era otra cosa que una hada jovencita que daba razón de todo lo que se le preguntaba como le pasa a la mayor parte de las hadas. De ella no se veía más que una bolita de fuego, pero se la podía oir muy bien; producía un sonido igual al de una campanita de plata y por eso se llamaba Campanita Retintín.

Campanita Retintín se puso a saltar por el cuarto y por último se quedó quieta junto a la segunda gaveta de la cómoda. Entonces el muchacho corrió allí con gran alegría, y abriendo la gaveta, tomó su sombra. Estaba arrollada tal como la había dejado la señora Darling.

Sí, sin duda que la había encontrado, pero lo triste era el cómo volver a unírsela. Tuvo una feliz idea: ¡se la podía pegar con jabón!

Sentóse en el piso, se enjabonó los pies y luego enjabonó su sombra. Pero sus pies y su sombra no quisieron adherirse. De nada sirve tener una sombra si ésta no está pegada a uno. Después de tantear y tantear en vano, el pobre chiquillo, se cubrió la cara con las manos y se puso a sollozar.

Entonces Wendy despertó y se sentó en la cama. Ella preguntó sin asustarse:—Chiquito. ¿porqué estás llorando?

El niño se puso de pies y quitándese la gorra, saludó inclinándose con una gran cortesía. Wendy se inclinó a su vez, aunque encontró que esto era difícil así en la cama.

- -¿Cómo te llamas? interrogó el niñito.
- -Wendy Darling, ¿Y tú?
- -Peter Pant.
- —¿Dónde vives?
- —Se dobla en la segunda cruzada a la derecha y se sigue hasta la mañana.

Esto pareció a Wendy un modo muy divertido de llegar a casa, pero se entristeció mucho cuando oyó que Peter Pan no tenía mamá. Pero Peter no lloraba por ello.

(Continuara)